

CHICHO Y PABLO son dos hermanos proveniente de una familia muy pobre. Sus vidas están rodeadas de increíbles aventuras, todas ellas como producto de la necesidad de desempeñar diversos oficios para poder superar su pobreza: vender superochos, cantar en buses... lo mágico y milagroso se unen ante la presencia de fray Andrés; quien aparece cuando ellos más lo necesitan.

VICTOR CARVAJAL es actor y escritor. En el ámbito de la literatura infantil y juvenil ha escrito numerosas narraciones de gran aceptación. Muchas de sus obras presentan problemáticas sociales relacionadas con el mundo de la infancia, en un estilo sensible y emotivo.



A partir de 9 años



FRAY ANDRÉS, OTRA VEZ / VICTOR CARVAJAL

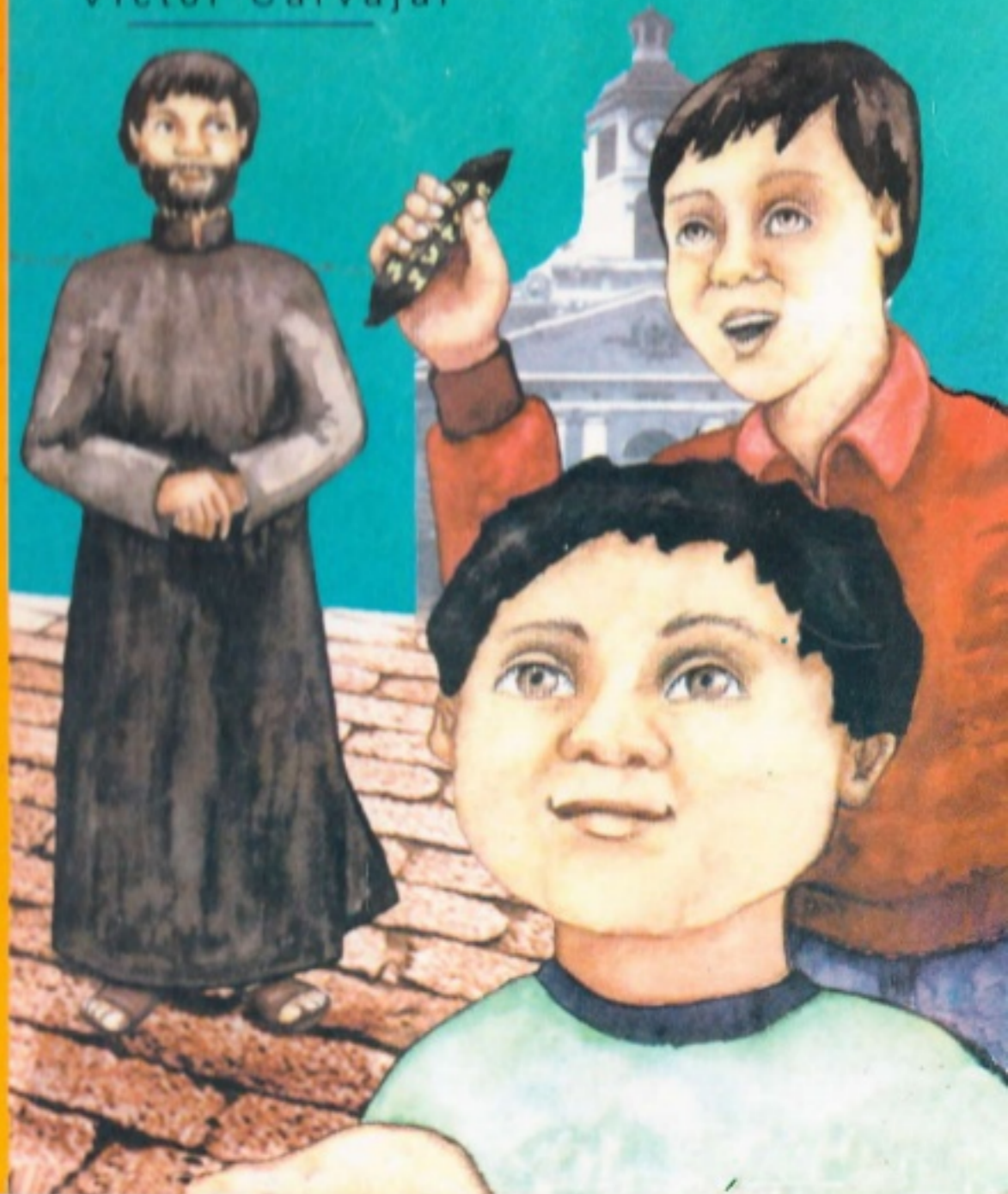
sm 2ª Edición



COLECCIÓN
VOLANTÍN

FRAY ANDRÉS, OTRA VEZ

Victor Carvajal



Fray Andrés, otra vez

Víctor Carvajal



Dirección editorial: M.^a Angélica Fuster

Ilustraciones: Soledad Sebastián
Diseño de portada: José Luis Grez
Diagramación: M.^a Gabriela De la Fuente
© Víctor Carvajal
© Ediciones sm Chile S.A.
Pocuro 2087, Providencia, Santiago.

ISBN 956-264-117-1
Depósito legal: N° 73.406
Segunda edición mayo de 2001, 3.000 ejemplares.

Impresión: Imprenta Salesianos S.A.
Bulnes 19, Santiago.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni su transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

1 *Fueron despertados muy de mañana*

FUERON despertados muy de mañana por los remezones de una pesada mano.

Chicho y Pablo dormían en el suelo, en plena calle Recoleta, tapados con papeles y cartones.

—¿No vais a levantaros? —la voz profunda de fray Andrés, les recordó un deber.

Los niños vieron la apariencia de un franciscano, con amplia sotana hasta el suelo y una cabellera muy espesa coronando la cabeza. El religioso calzaba sandalias, ¡sin calcetas!, y llevaba una soga atada a la cintura.

—¿Por qué nos despierta? —protestaron los muchachos—. ¿Qué hemos hecho de malo?



Fray Andrés, con voz cálida, se inclinó para hablarles:

—Pues, si queréis ir por la limosna, debéis hacer como yo y levantaros muy temprano. Es menester caminar toda la ciudad hasta conseguir lo necesario de estas almas reacias a dar algo.

—¿Qué tenemos que ver con usted, padre? —protestó muy serio, Pablo.

Andresito se quedó pensando; reconoció el sacrificio de esos niños, durmiendo bajo un cielo desnudo, sin abrigo, desvalidos. Se disculpó, respetuosamente, y se marchó por la calle Recoleta en dirección a la ribera norte del río.

Pablo se había despertado casi por completo. La pequeña panadería en la esquina de la calle había abierto ya sus puertas y un agradable olor a pan recién salido del horno se apoderaba del aire.

—¡Qué rico olor! —dijo Pablo. Y se levantó pensando en ir al negocio y pedir pan, sabiendo que no tenían un peso para comprarlo.

Chicho también se incorporó del suelo de un salto.

— Vámonos de aquí. El olor a pan fresco me está matando.

Recogieron los papeles y cartones y se marcharon.

Chicho y Pablo eran hermanos. Habían salido de su casa decididos a no regresar a ella sin dinero. Tenían todas las esperanzas de triunfar; de hacer lo que fuera necesario para ganarse el sustento diario y tener algo que ofrecerles a sus padres y hermanitos. La vida de este par de muchachos, como los hay tantos en las grandes ciudades, no era fácil.

2 *El mercado de la ribera norte del río*

EL MERCADO de la ribera norte del río estaba en todo su esplendor. Los vendedores llenaban el aire con sus gritos; ofrecían sus productos con frases ingeniosas y divertidas. Las compradoras, principalmente, se sentían siempre muy halagadas.

Chicho y Pablo llegaron tempranito al mercado y se mezclaron con la gente, un verdadero río humano, que bajaba y subía de un lado al otro, sin cesar ni un instante,

Una señora, con sendas bolsas de género, vino al encuentro de los muchachos.

—¿Le llevamos las bolsas, señora?

—No, niño. No son muy pesadas — respondió la mujer, dispuesta a continuar su camino.

—Por favor, señora —insistió, Chicho—. No hemos tomado desayuno. Estamos muertos de hambre.

La mujer se detuvo; se los quedó mirando. Un golpe de compasión se apoderó de su pecho. Ella era madre y pensó en sus hijos; si ellos tuvieran que pedir como lo hacen estos niños: “¡Qué horror! Ni Dios lo permita”.

—Está bien, niños —aceptó la mujer—. Aún me quedan muchas cosas que comprar.

Pablo cogió la más pesada y Chicho la otra, porque era el más pequeño de los dos. La señora demoró bastante en completar sus compras; los niños, siempre detrás de ella, comprobaron que las fuerzas se van agotando a medida que pasa el tiempo y no hay descanso.

Felizmente, la señora dio por terminadas sus compras y se dirigió a la salida del mercado; su intención era llamar un taxi. El mismo Chicho, solícito y despierto, dejó la bolsa junto a su hermano y corrió unos cuantos metros en dirección contraria al tráfico de vehículos; conseguir un taxi libre, al mediodía, era a veces imposible. Después de cruzar la calle,



arriesgando su vida, entre los cientos de automóviles que rugían en el tránsito, Chicho consiguió un taxi. Trotando junto a la portezuela del conductor, lo condujo hacia el sitio donde esperaba la señora. Los niños la ayudaron a subir, pusieron las pesadas bolsas en el piso del vehículo y Pablo estiró la mano para recibir unas monedas pequeñas. El taxi emprendió la marcha y Pablo contó las monedas: ciento cuarenta y cinco pesos.

Eran las primeras ganancias del día y ya se había pasado la mañana.

—¿Qué hacemos, Pablo?

Podían adquirir unas cuantas calugas de leche y venderlas en los buses; pero no era mucho lo que podían comprar con ese dinero.

Una pareja de carabineros los observaba desde hacía rato; los niños, al notarlos, optaron por alejarse del lugar.

—Ahora mismo nos agarran por sospechosos —advirtió Pablo a su hermano.

Así llegaron a la playa de estacionamiento, junto a la extensa avenida que subía hacia la parte alta de la ciudad. Varios

cuidadores de automóviles corrían de un lugar a otro, orientando a los conductores para estacionar sus vehículos.

—Aquí no hay nada que hacer —comentó Chicho.

—Es tu culpa —rezongó Pablo. Y tronó, en contra de su hermano—: ¡Dormís tanto, que siempre llegamos tarde a todas partes!

Sorpresivamente, Chicho se abalanzó a un automóvil que ingresaba al estacionamiento, buscando un sitio desocupado.

—¿Se lo cuido, señora?

—¿Se lo lavamos? —agregó Pablo—. Por quinientos pesos se lo dejamos como nuevo.

—Vuelvo en media hora —advirtió la señora.

—En media hora se lo tenemos listo —confirmó Pablo.

Los hermanos se miraron un largo rato. ¿Dónde conseguir los implementos necesarios para realizar el trabajo? El problema no era tan sencillo de resolver.

—¡Voy donde las pergoleras! —gritó Chicho, y se disparó corriendo en dirección a los puestos de flores.

Chicho iba en busca de un tarro con agua limpia; faltaba un trapo para lavar y otro para secar. La tienda de géneros era la solución.

Pablo cruzó la calzada y entró decidido en el negocio que vendía telas por kilos. La cajera de la tienda se horrorizó cuando Pablo le hizo el ruego.

—No estamos autorizadas para regalar nada —dijo la joven.

Pablo no se dio por vencido; no podía hacerlo. Se paseó varias veces por el interior de la tienda, buscando un trozo de tela que, por su mala calidad, nadie quisiera comprar.

—¿Y si le regalamos este? —preguntó una de las vendedoras que había estado hurgueteando en un cerro de telas.

—Tú sabes que el patrón tiene prohibido que regalemos la mercadería —se disculpó la cajera.

Seguramente Pablo rogaba con la mirada; la desesperación se escapaba a través de sus ojos. La joven vendedora eligió un trozo de género barato, lo puso en la balanza y lo pagó con su dinero.

—Toma —le dijo al niño—. Ojalá te sirva de algo.

—¡Claro que sí! —respondió Pablo. Y salió disparado hacia la calle.

En los estacionamientos, Chicho esperaba con un tarro de lata oxidada lleno de agua. Dividieron el trapo en dos y se entregaron a la tarea de lavar el vehículo con entusiasmo y energía.

Mientras uno quitaba el polvo con el trapo mojado, el otro secaba. ¡Si pudieran hacer ese trabajo con diez, veinte automóviles! Sería conveniente. Por desgracia, los estacionamientos estaban siempre ocupados; los cuidadores y lavadores de autos ya se habían repartido la ciudad y cada cual cuidaba lo suyo. Chicho y Pablo comprendían que esta oportunidad no era más que eso: una excepción. No podían quedarse allí para siempre; los otros cuidadores seguramente los echarían o tendrían forzosamente que pagar un derecho para trabajar allí.

La dueña del automóvil regresó más tarde de lo anunciado y los muchachos esperaron junto al vehículo con temor y nerviosismo; felizmente, nadie fue a exigirles que se marcharan. Llegó la dama y les dio quinientos pesos.

—¿Qué podemos comer? —preguntó Chicho.

—Nada —determinó, secamente, Pablo.

Los planes de Pablo consistían en invertir aquel dinero para doblarlo o triplicarlo. Regresar con sólo algunas monedas era un fracaso; querían tener algo que ofrecer.

Se dirigieron al puesto de dulces y galletas ubicado junto a la parada de buses. Allí compraron diez barras de chocolate Superocho. Es lo que hacía la mayoría de los vendedores ambulantes, muchos de ellos tan niños como Chicho y Pablo.

—Los vendemos a cien pesos y nos ganamos casi el doble por cada barrita. Prohibido comerse los chocolates. Hasta que los hayamos vendido todos. ¿Hecho?

—Hecho —respondió, Chicho.

—Dame tu palabra de hombre.

Y Chicho se la dio. Sabía que estaba haciendo un acto de verdadero sacrificio, pues el hambre le perforaba el estómago.

3 *Trepados en las pisaderas de los buses*

PABLO trepó ágilmente en la pisadera de un bus.

—A cien los Superocho. Superocho a cien —ofreció su mercancía.

Chicho hacía lo mismo en el interior de otro bus. Sin hablarse casi, como dos perfectos desconocidos, se cruzaron en repetidas oportunidades, subiendo y bajando de los buses que paraban, para dejar o recibir pasajeros. Hasta que lograron vender casi todos los chocolates; rendidos, hambrientos, comprobaron que nadie se hace rico de la noche a la mañana.

Pablo consideró llegado el momento de hacer una pausa.

—Tienes permiso para comerte un Superocho.



Tendidos sobre el césped de la plazoleta, rasgaron los envoltorios plateados de dos barritas de chocolate y las comieron con verdadero placer.

Unos metros más allá, dos niños discutían acaloradamente.

—¡Más teatro! —decía uno de ellos—. ¿Cómo vai a convencer a los pasajeros si no le ponís más empeño?

Había que contar la triste historia de la madre que abandonaba a sus hijos, porque no tenía cómo alimentarlos; en su desesperación, alguien tenía que hacerse cargo de ellos. Porque esos niños que cantan en los buses no lo hacen por gusto, sino para mendigar de un modo más digno.

Chicho y Pablo se interesaron por la conversación de los niños y observaron atentamente la escena que se desarrolló a continuación; era evidente que esos niños pasaban por la mismas desventuras.

Chicho y Pablo habían visto muchas veces cantores ambulantes, con guitarras, flautas y charangos; pero jamás a un dúo tan singular como éste. Uno de los chiquillos sacó de su bolsillo un par de cucharas

pequeñas, las juntó, una contra la otra, formando una castañuela. El ritmo no se hizo esperar; la voz del chiquillo salió fuerte, poderosa, chillona, encrespaba los nervios: era una canción con una historia conmovedora. Acto seguido, el más pequeño de los dos se adelantó unos pasos y comenzó a hablar: "Señores pasajeros, no queremos molestarlos en su largo viaje; no queremos cansarlos, porque sabemos que vienen del trabajo. Nosotros no cantamos para gastarnos el dinero en vicios y pecados; la plata que ustedes nos dan, se la damos a nuestra madre que no tiene para alimentarnos. Por eso, señores pasajeros, les agradecemos mucho lo que nos puedan dar. Muchas gracias".

—Les deseamos mucha suerte y que Dios se los pague —completó el mayor, mientras el pequeño estiraba la mano simulando recibir muchas monedas de un público que sólo existía en su mente. Los muchachos se abrazaron; estaban contentos; el mayor, satisfecho con el discurso del pequeño. Recogieron sus bártulos y se marcharon, a conquistar su público.

Chicho y Pablo guardaron silencio. Quizás ambos pensaban lo mismo: conseguir una guitarra, una flauta y salir a cantar; pero ellos no eran artistas.

El día se había ido definitivamente. Se hizo fresca la tarde y se llenó la plazoleta de sombras misteriosas, amenazadoras. Los muchachos abandonaron el lugar, antes de tener una mala experiencia.

Fray Andresito los esperaba; como siempre lucía su largo hábito, sandalias, soga atada a la cintura. Al verlo, Chicho y Pablo trataron de huir, pero fray Andresito se las arregló para salirles al encuentro; no era fácil escapar de él.

—¿Por qué nos persigue? —murmuró, apenas, Chicho.

—Os equivocáis, rapazuelos —respondió el religioso.

Fray Andrés tenía la rara virtud de escuchar a todo el mundo, pero acudía sólo junto a aquellos que de verdad lo necesitaban.

—Nosotros no queremos nada con usted —dijo Pablo.

—Pero, si me llamáis a cada instante.

Los muchachos lo miraron como si se

tratara de un loco. ¿En qué momento lo habían llamado? El hombre tenía el rostro lleno de picardía.

—Nos toma el pelo —protestó Chicho.

Fray Andresito caminó entre los dos niños y los cogió, amigablemente, de los hombros.

Así les habló: "Vosotros pedís la limosna al igual que yo. Cada vez que lo hacéis, sin desearlo, estáis pensando en mí. Estamos en los mismos oficios pero nada es sencillo y vosotros lo sabéis. No todos los hombres están dispuestos a sacrificar lo propio para dárnoslo. De modo, pues, que es menester dar algo de nosotros cada vez que solicitamos lo ajeno. ¿Me vais siguiendo?". Chicho y Pablo respondieron que sí, aun cuando en su interior sabían que el hombre hablaba de un modo muy extraño. Fray Andresito, que adivinaba hasta los pensamientos, sonrió y prosiguió: "Vosotros ofrecéis vuestra fuerza y capacidad de trabajo; yo, en cambio, hago verdaderos milagros; aunque no lo creáis. Saco de la cama a un enfermo; le devuelvo la razón a un demente; le doy la vida a un mortal que la ha perdido; le arranco la rabia

a un perro; cambio muletas por piernas, como si fuera lo más sencillo del universo. A cambio de esto, exijo que se tenga fe en mis servicios; de lo contrario, ningún milagro es posible. Así consigo mis limosnas, y puedo aseguraros que la gente, después de conocerme, se vuelve generosa y comedida".

Los muchachos no supieron qué responder. Era difícil entenderse con un humilde cristiano que se creía santo.

Fray Andresito hundió sus manos en la túnica que llevaba y sacó de ella dos pequeños calentitos, como recién sacados del horno, y se los regaló a los muchachos. Fue tal el embrujo que ocasionaron los pequeños en los niños, que ni cuenta se dieron de que el "mochito" ya había desaparecido de su vista.

Los pequeños, rellenitos con cebollas, estaban sabrosos. Fue aquella una merienda inesperada; se sentían satisfechos y encantados, porque el religioso estaba resultando todo un misterio.

Prepararon la cama en el suelo y se metieron en ella, entre papeles y cartones. En el cielo había estrellas y nubarrones, pero ninguna luna que les hiciera compañía.

4 *Misterioso estuvo aquel despertar*

MISTERIOSO estuvo aquel despertar; amaneció como todos los días del Señor, pero fray Andresito no se presentó.

—Es que no aguanto la curiosidad — reventó Pablo—. Vamos a buscarlo.

Y se marchó, seguido de su hermano Chicho, a la iglesia de la calle Recoleta. Allí los recibió el portero. Era una persona con muchos años sobre los hombros. Lucía muchas canas en la cabeza, pero sus cejas eran negras. Caminaba a pasos lentos y cortitos, con la columna vertebral encorvada. Cuando los muchachos preguntaron por fray Andresito, el viejo les cerró la puerta en las narices y salió corriendo hacia el interior del edificio. Al cabo de un rato regresó el portero con dos pequeños tibios, igualitos a los de fray Andresito.

—Son de ayer —les dijo—, pero no están añejos.

Los muchachos comprobaron que los pequeños habían salido de la misma cocina; tenían el mismo sabor que los anteriores. No cabía duda. El religioso misterioso vivía en ese convento. Pero, ¿por qué razón el portero no permitió que lo visitaran? Decidieron no darle más importancia al asunto y volver al diario combate por el sustento.

Ese día resultó más complicado que el día anterior. La venta de los Superocho sobrantes no reportó mayores ganancias; apenas recuperaron el dinero invertido. El envoltorio de los chocolates se había estropeado, se notaba que no eran "frescos" y tuvieron que bajarlos de precio: veinte pesos menos por cada barra.

Chicho estaba desolado. El negocio no había resultado. Pensaba y miraba a su alrededor; buscaba en su mente alguna solución. De pronto notó que una de las esquinas estaba llena de gente y, al mismo tiempo, vacía...

—¡Pablo! En la esquina no hay nadie.

—¿Cómo que no hay nadie? —tronó Pablo.

—Quiero decir —prosiguió Chicho—, que no hay nadie vendiendo.

Entonces comprendió Pablo lo que su hermano quería decir. Reunieron el dinero ganado con las ventas de los chocolates, cruzaron la calle y se dirigieron a la tienda de telas. Allí compraron un trozo de franela amarilla y con las mismas tijeras de la vendedora, la partieron y dividieron en trozos más pequeños; diez, en total; cinco para cada uno. Y salieron a venderlos de inmediato.

En el cruce de las calles Recoleta y Bellavista, esperaron la detención obligada de los vehículos, para abordar a los conductores y ofrecerles las franelitas por la ventanillas.

—¡A cien pesos! ¡Para la limpieza de su automóvil!

En los mil vehículos que pasaron se fueron los diez pañitos amarillos y dejaron unos pesos en las manos de Chicho y Pablo. Sentados en la cuneta contaron y contaron las monedas. Un grupo de muchachones los estaba observando. Cuando Pablo y Chicho lo notaron, ya era demasiado tarde: los cuatro jovencuelos estaban junto a ellos.

—Hola, compadre —dijo uno de los muchachones a Pablo. Y agregó, muy sonriente—: Ustedes tienen lo que nosotros queremos y nosotros tenemos lo que ustedes quieren.

—¿Qué cosa? —respondió Pablo y trató de levantarse para escapar con su hermano. El muchachón lo atrapó de un hombro y lo obligó a permanecer sentado.

—Dinero, amigo —susurró el grandulón con cara de dormido—. Dame lo que hay en tu bolsillo y yo te ofrezco un remedio para el hambre. ¿Qué? ¿Hacemos el negocio, compadre? —y mostró un tarrito azul, que contenía un líquido espeso, color amarillo, utilizado como adhesivo por los carpinteros y fabricantes de muebles.

—Con esto hasta el hambre se quita —comentó, divertido, el muchacho—. Dame la plata y te lo doy a probar.

Pablo sabía que se encontraba en una situación delicada y peligrosa; esos muchachos estaban dispuestos a conseguir el dinero a toda costa. Comprendía que de no satisfacer las demandas de los desconocidos, de todos modos se tomarían

lo que deseaban. Hacerse los valientes era absurdo e inútil.

—¿Estás seguro de que quita el hambre? —preguntó Pablo, haciendo un esfuerzo por mostrarse fuerte.

—¡Pruébalo! —insistió el muchachón.

Pablo entregó sus quinientos pesos y le indicó a Chicho que lo imitara. El tarrito con el adhesivo fue abierto una sola vez; los dos niños debían aspirar al mismo tiempo el olor penetrante de la sustancia. Pablo, presionado por las muecas burlonas de los muchachones, aspiró profundo; Chicho, en su inocencia, lo hizo a todo pulmón. Aquello fue la entrada en una verdadera pesadilla: sintieron náuseas y ganas de vomitar. ¿Vomitara qué, si tenían el estómago vacío? Las risotadas de los muchachones eran erupciones volcánicas; así al menos lo percibían Chicho y Pablo. Las palabrotas, que salían del grupo, parecían murciélagos aleteando en la penumbra.

Los neumáticos de un vehículo rechinaron en la calzada; se abrieron las portezuelas del furgón celular y de él salieron cuatro policías.



El grupo intentó de inmediato la dispersión. Dos de ellos fueron apresados en el acto; los otros, capturados en el puente, después de una corta persecución.

Chicho y Pablo fueron levantados en vilo y depositados en el interior del furgón policial. No lograban comprender lo que estaba ocurriendo; distinguían la realidad a medias. Ni siquiera sospechaban que aspirar semejantes productos químicos producía un daño irreparable en el cerebro: ese adhesivo, de apariencia útil, era veneno para las células cerebrales. Pero a esos muchachos el problema no les asustaba, puesto que no iban a la escuela y no les interesaba aprender nada de ella. La calle era su aula; y su formación, la vagancia.

El furgón celular, después de unas cuantas vueltas, sacudidas y brincos, se detuvo en la primera comisaría que encontró abierta. Los menores fueron sacados del furgón y conducidos al interior del edificio.

Frente a un gran estrado de madera, Chicho y Pablo no supieron lo que se les pidió que entregaran: sus nombres o sus almas; estaban desolados, vacíos, como si

estuvieran observando desde el interior del cascarón con forma de niño.

Las puertas grises del calabozo se cerraron con estruendo; las cerraduras se quejaron hasta partir el alma. En ese momento lo perdieron todo.



5 *Fray Andrés al borde de la mañana*

FRAY Andresito se presentó al borde de la mañana, en la comisaría primera de la ciudad; allí esperó a los niños, que salían del calabozo que los mantuvo detenidos por algunas horas.

Chicho y Pablo fueron liberados; nunca se explicaron cómo y por qué los dejaron en libertad, mientras los cuatro muchachones permanecían en la cárcel. Nadie dio ninguna explicación; ¿qué sabía el hombre del asunto? Lo cierto era que fray Andresito los esperaba al otro lado de la calle, cuando salieron de la comisaría. Fue como un milagro.

Fray Andresito echó a caminar; los niños lo siguieron, cruzando el puente, entrando en la calle Recoleta. Atravesando el barrio El

Salto para seguir caminando más allá de la iglesia de la Recoleta Franciscana.

—¡Oiga, padre! —advirtió Pablo—. Este camino nos lleva derechito a nuestra población.

—Así es —respondió el hombre. Y no dio lugar a más preguntas o cuestionamientos.

Pero los niños no querían regresar a casa; no todavía. Pablo se atolondró al tratar de detener al religioso y explicarle que no tenían motivos para volver al hogar, miserable, de sus padres; además, ¿por qué se tomaba tales atribuciones? ¿Por qué lo hacía?

Eran menores de edad. “¿No es eso?”, preguntó fray Andresito. Pidiendo limosna por las calles, expuestos a todos los peligros y riesgos de la ciudad, metiéndose en problemas, durmiendo en el suelo como animalitos sin dueño.

—Todo eso lo entendemos, padre. Pero, por favor, no queremos regresar a la población —rogó Pablo.

—Pues, no comprendo que no deséis tornar al sitio al que pertenecéis.



—No queremos volver con la cola entre las piernas.

Hasta el momento, todos sus esfuerzos por triunfar, por no ser una carga para sus padres, eran un rotundo fracaso.

—¿Fracaso? —se tomó la barbilla fray Andresito—. Yo os mostraré dónde está vuestro éxito y vuestro lugar.

Difícil era alcanzarlo. El religioso caminaba como un rayo, entre las humildes casitas de la población.

En la parroquia, el padre Jacques hacía los arreglos necesarios para el desayuno comunitario.

Como una tromba entró fray Andresito en el galpón de madera que cobijaba una larga y estrecha mesa, muy parecida a esas que se ven en las pinturas de la "Última Cena", la de Cristo con sus apóstoles. El padre Jacques, un sacerdote francés venido a estas tierras lejanas a ejercer su misión cristiana, se sorprendió: el fraile era muy singular; hacía tiempo que no veía algo similar: como ciertos frailes de provincia, de esos que ya no existían. Porque el padre Jacques era un religioso moderno; vestía

pantalón de paño oscuro, chaleco y casaquilla deportiva.

—Os traigo un par de bellaquitos —dijo fray Andresito. Se volvió hacia la puerta y les dio una orden a los niños—: ¡Adelante! Estáis en vuestro hogar.

Chicho y Pablo entraron, arrastrando los pies, sin saber dónde meterse, para escapar a la mirada juzgadora del padre Jacques.

—Me alegro verlos de regreso —expresó con acento francés, el sacerdote.

Los chicos se sintieron peor que en aquellos momentos amargos en el calabozo de la comisaría. Fray Andresito los arrinconó contra la pared y les puso en el pecho una charla de media hora; esa charla fue como una espada, era lo que se llama estar entre la espada y la pared.

—¿Es que no veis cómo este sacerdote organiza las comidas diarias de esta población? —tronó el hombre.

Era muy cierto. El padre Jacques, dolido por las grandes dificultades económicas de los vecinos, se vio forzado a organizar una gran olla común. Es decir, un comedor comunitario, para que los que no tenían un

pan que llevarse a la boca, lo pudieran hacer en la parroquia.

—En este preciso instante observo que el padre Jacques prepara el desayuno para sus hijos desposeídos —concluyó su discurso fray Andresito.

Chicho y Pablo pudieron comprobar cómo algunas madres, acompañando a sus hijos más pequeños, colaboraban con la parroquia, poniendo tazones de plástico sobre la mesa.

—¿No es esta vuestra mesa? —fray Andresito, radiante, les indicó el comedor de la parroquia. Y se esfumó, ahí mismo, sin que nadie se percatara; porque Chicho y Pablo se volvieron a mirar la mesa y el padre Jacques se dedicó a observarlos con profunda atención.

6 *Apenas unos minutos con sus padres*

HABÍAN estado con sus padres apenas unos minutos, durante el desayuno, en el comedor comunitario de la parroquia. Ahí, Chicho y Pablo refirieron lo mal que les había ido en su salida fuera de casa para buscar fortuna. El padre de los muchachos guardó silencio y la madre les acarició tiernamente la cabeza a ambos; quedaba claro que ellos preferían a sus hijos en el hogar y no en las calles. Sin embargo, los muchachos se las arreglaron para partir una vez más; en esta ocasión ambos lo prometieron, permanecerían solamente la mitad del día fuera de casa. Además, el padre Jacques deseaba integrarlos a la escuela.

Debían llegar al centro de la ciudad y

de ahí, dirigirse al sector de los barrios altos donde la bondad tenía que ser más robusta, puesto que estaba mejor alimentada.

Era muy temprano todavía; en la parada del bus había un considerable grupo de personas que esperaba movilizarse a las calles y sitios principales.

Pablo le habló a un hombre corpulento y bajito, con apariencia de obrero.

—¿Caballero, no tiene diez pesos que nos dé para el bus? Mi hermanito y yo tenemos que ir al centro.

El hombre negó con un movimiento de cabeza.

Chicho andaba en lo mismo ante una señora vestida con sencillez, que lo miraba sonriendo; al parecer, no tenía ninguna moneda que dar. Luego, Pablo, frente a otro hombre; Chicho, frente a una señorita, la que buscó en su cartera y le dio una moneda de diez pesos. Así, entre las veinte o más personas que esperaban en la parada, lograron reunir noventa pesos. El pasaje costaba mucho más y ellos eran dos. O medios que sumados, hacían uno; pero, sacáranse las cuentas que se sacaran, lo cierto

era que no les alcanzaba para el pasaje.

El bus tan esperado llegó a la parada y se detuvo con brusquedad. Mientras los pasajeros subían a la máquina, Pablo meditó: imposible pedir que les llevaran hasta el centro de la ciudad por noventa pesos solamente; era demasiado lejos y los conductores no se arriesgan, porque sube un inspector y encuentra a los niños sin los boletos correspondientes.

Chicho preguntaba al conductor si los llevaba hasta el centro. El hombre nada respondía. Entonces intervino Pablo.

—No vamos al centro. Vamos hasta el cementerio, no más. ¿Nos puede llevar por noventa pesos?

El conductor asintió a regañadientes y soltó el pedal del embrague para que el motor del bus se pusiera en marcha.

—¿Por qué le dijiste que íbamos hasta el cementerio?

—Porque hasta ahí vamos —concluyó Pablo.

Pablo respetó el acuerdo con el conductor y se bajó en el cementerio, tal como lo había planteado; Chicho tuvo que seguir

a su hermano, por mucho que no le gustara la idea de quedar a medio camino. Pablo entendía perfectamente la molestia de Chicho; en otras circunstancias, habrían engañado al conductor, continuando el viaje hasta el centro; con tanto pasajero no se habría notado que los chicos no se bajaban en el cementerio. Pero, desde que apareciera fray Andresito en las vidas de Chicho y Pablo, se estaba produciendo en ellos un cambio muy profundo.

—¿Qué podemos ganar aquí? —indagó Chicho.

Nada se podía ofrecer allí; ningún tipo de servicio. La gente llegaba al cementerio, compraba sus flores y entraba con ellas al campo santo. En el interior de éste, había personas para poner agua a las flores y a los arreglos que se ubicaban junto a las cruces.

—Es la hora del canto —murmuró, triunfante, Pablo. Y sacó dos cucharitas de su bolsillo.

—¿De dónde las sacaste? —tronó Chicho.

—Del comedor de la parroquia —respondió el niño, con inocencia y candor.

—¿Y si te descubre el padre Jacques?

Chicho estaba indignado. Pero Pablo parecía más preocupado del cumplimiento de sus propósitos que de la furia de su hermano. El padre Jacques podía pensar que eran unos ladrones; que no se podía confiar en ninguno de ellos, pero cuando se enterara del motivo que había llevado a Pablo para tomar prestadas esas cucharas, con seguridad no se enojaría.

—Yo canto y tú dices las palabras a los pasajeros.

—¿Qué palabras? —explotó Chicho.

—El discurso de los cantores callejeros. Antes de que Chicho alcanzara a retenerlo, Pablo saltó al primer bus detenido frente a las puertas del cementerio. A Chicho no le quedó más remedio que salir detrás de su hermano.

En el interior del bus, Pablo se paró en medio del pasillo, dispuesto a cantar. Chicho se metió las manos a los bolsillos; estaba muerto de vergüenza. El bus se puso en marcha y Chicho tuvo que sacar rápidamente las manos de los bolsillos para buscar una barra de la cual aferrarse.

Pablo inició el ritmo golpeando las cucharitas. La canción sonó en su garganta, vibrante, potente. A Chicho le pareció eterno aquel momento; le pareció que Pablo se vengaba de él, repitiendo por lo menos dos veces las estrofas de la horrible canción. Pero el peor de los momentos vino más tarde una vez terminado el canto: le tocaba su turno, decir el discurso de los cantores ambulantes; la madre, la falta de dinero, la miseria y el hambre.

Silencio. Pablo se desesperaba. Quiso cantar de nuevo la canción, pero su hermano se lo impidió. Chicho no dijo nada. No pudo decirlo, porque le pareció demasiado cierto y para los pasajeros aquello sonaba a cuento. Guardó silencio y recorrió el pasillo del bus, asiento por asiento, con la mano extendida.

Durante la jornada de cantar y pedir dinero, habían cruzado el puente y se encontraban en el centro de la ciudad.

—La próxima vez, tú vas a estirar la mano para pedir —se quejó Chicho.

Recaudaron trescientos sesenta y un pesos. No había estado tan mal, después de todo. Discutieron mucho quién cantaría y

quién pediría. En lo único que lograron ponerse de acuerdo fue que lo harían en uno de esos buses relucientes, pintados de crema y amarillo. Los buses que iban al barrio de las casas lindas. Chicho y Pablo comprobarían que no siempre viajar hacia lo lindo significa un lindo viaje.

En plena marcha, en el interior del bus, se dispusieron a cantar. Pero antes de que lo hicieran, un muchachito alzó la voz.

—Muy buenas tardes, señores pasajeros.

Pablo pegó un brinco y trató de ver, entre los pasajeros.

—Lo que nos faltaba —dijo—, la competencia.

Chicho también brincó, a su modo.

—¿Buenas tardes, ya? —murmuró apenas—. ¿Es que se nos pasó otra vez el almuerzo?

Pablo consiguió ver a los dos muchachitos en el pasillo. No eran como Chicho y tantos otros que cantaban en los buses; eran distintos, bien vestidos y de buena presencia. Se habían comprado un instrumento indígena, el que soplaban haciéndolo sonar como una flauta. No

trataban de burlarse de los niños cantores; deseaban divertirse y algunos pasajeros miraban con simpatía este *show* imprevisto.

Cantaban y hacían sonar la flauta. Lo único que no hicieron fue pedir limosna; es claro, no la necesitaban.

El bus se alejaba cada vez más del centro de la ciudad y el plan de Chicho y Pablo se estaba esfumando. Naturalmente que la situación no les hacía ninguna gracia a los hermanos. Entonces, Pablo no aguantó más.

—Me gustaría darle un bofetón a ese payaso —rugió.

Chicho trató de apaciguarlo, pero el mal humor de su hermano echaba vapor por las ventanillas de la nariz.

—¿Qué no ves acaso cómo se ríe de nosotros?

Pablo se abrió, como pudo, camino entre los pasajeros que viajaban de pie y se dirigió al muchachito con la intención de remecerlo.

Chicho gritó desde atrás. Los muchachitos se quedaron en silencio y algunos pasajeros trataron de intervenir. El conductor del bus, alertado del escándalo que estaba a punto de explotar, aprovechó la luz roja del semáforo

para dar por concluido el asunto. Chicho y Pablo se vieron forzados a dejar el bus.

Y quedaron abandonados en una avenida muy grande, con doble sentido de tránsito. El aire era mucho más puro, los árboles hermosos y los prados interminables. Hasta sintieron un poco de frío. La cordillera se les venía encima, como si las nubes la empujaran desde el cielo.

Los dos hermanos caminaron en silencio un buen trecho. No sabían dónde se encontraban; tampoco sabían adónde se dirigían. Estaban desorientados. Lo recomendable era rehacer el camino seguido por el bus, así encontrarían nuevamente el centro de la ciudad. Necesitaban abordar otro bus para regresar, de lo contrario, tendrían que caminar toda la noche para hacer la larga jornada a pie. Y, ¿cómo regresar con las manos vacías a la parroquia? ¿Qué sorpresa le darían al padre Jacques? ¿Cómo explicaría Pablo el asunto de las cucharas? Se habían propuesto colaborar con el comedor de la parroquia.

Las casas hermosas de aquel barrio parecían vacías. Nadie en los jardines; apenas una luz en el interior de alguna habitación;

luz que provenía de otro jardín, al centro del edificio.

Siguieron caminando, desalentados, sin rumbo definido. Y encontraron una joven muchacha que barría la vereda con una escoba; recogía las hojas secas caídas de los preciosos árboles.

—Señorita, ¿no tiene algo de comer que nos dé?

La joven no levantó la vista del suelo y siguió barriendo. Los niños no pudieron insistir, pues dos perros enormes se les echaron encima y de un salto espectacular los tumbaron sobre el césped. Ahí quedaron los hermanos sin poder moverse. La joven dejó de barrer, calmó a los perros con una voz suave, pero autoritaria. Los perros no cedieron, tampoco mordieron, ¡por suerte! Finalmente, del interior del jardín, asomó un guardia vestido de azul y con revólver al cinto.

—Voy a ver si encuentro algo que darles —dijo la joven, y desapareció en la casa. Entonces comenzó el interrogatorio. Los perros, con sus lenguas húmedas, obligaban a estarse muy quietos. La voz del guardia intimidó aún más a Chicho y Pablo.

—¿Qué hacen aquí? ¿Por qué andan mendigando? ¿No estarían pensando entrar a robar? ¿Qué hacen tus padres? ¿Trabajan? ¿No? ¿Por qué están cesantes? Seguramente son tan ladrones como sus hijos. ¿Andan armados? ¿Con cuchillos? ¿Con piedras? ¿Son peligrosos? ¿Pensaban asaltar a la sirvienta cuando la vieron sola barriendo en la puerta? ¿Creyeron que estaba indefensa? Pero se equivocan, par de bribones.

Aterrados los niños respondían con la mayor velocidad posible; el señor guardia podría enojarse y ordenar a los perros que mordieran. Todo parecía espantoso, hasta que regresó la joven con unos paquetes: era sémola y fideos para la sopa y una bolsa desechable con pan añejo.

—Aquí tienen —les dijo la joven—. Ya, déjalos tranquilos, Norberto. Con esto pueden irse. Los señores de la casa no demoran en llegar y no les gusta ver gente extraña.

Norberto, el guardia, se llevó los perros y la muchacha se encerró dentro de la casa. Los niños se levantaron del suelo, recogieron los paquetes con alimentos y se alejaron rápidamente del lugar.



A pesar del incidente, no se dieron por vencidos. En las casas siguientes fue más sencillo. Como las rejas estaban cerradas, llamaban a gritos a los moradores y a gritos pedían comida. No siempre tuvieron éxito, pero consiguieron recolectar más alimentos. Regresaron a la parroquia cuando la tarde caía sobre la ciudad. Les había ido bien. Dieron cuenta al padre Jacques, entregaron los alimentos recogidos y Pablo confesó que había tomado las cucharas, devolviéndolas en el acto al comedor comunitario. El sacerdote les agradeció de todo corazón, estaba muy complacido y emocionado, se sentía reconfortado. Pablo y Chicho comprendieron lo que fray Andresito siempre les repetía: "pedir limosna no sólo para vosotros sino también para los demás".

—También hemos ganado algo de plata —reconoció Chicho—. ¿Se la damos a usted, padre?

El religioso la rechazó y aconsejó llevarla a la casa de los niños.

—Con seguridad vuestros padres la necesitan.

7 *Fray Andrés no asoma su sotana*

FRAY Andresito no asomaba su sotana por ninguna parte, lo que era muy extraño. Siempre, al caer la tarde o al asomar el alba, aparecía fray Andresito donde menos se lo esperaba.

—Me daría un gran placer conocer al fraile que vino con ustedes la otra vez —les confesó el padre Jacques a los muchachos—, ¿no es un poco extravagante?

—¿Qué es eso, padre? —preguntó, Chicho.

—Un tanto extraño.

—Muy raro, padre —agregó Pablo. Y prosiguió—: Ahora que deseamos toparnos con él, no asoma la nariz. Antes, nos molestaba a cada rato.

Como los tres no deseaban otra cosa que

visitarlo, muy de mañana se fueron al convento de los recoletos franciscanos; era preciso hablar con fray Andresito, antes de que saliera por sus limosnas.

Era tan temprano, que ningún vehículo de pasajeros transitaba todavía. Pero sí los carretones de los verduleros, que venían de las chacras vecinas. Vieron pasar varias carretas, en dirección al río, chocando las herraduras de los caballos contra las piedras de la calle.

A Chicho se le ocurrió saludar a uno de los conductores de carretas y como éste le contestó el saludo le pidieron que los llevara hasta la iglesia de la Recoleta Franciscana. El conductor detuvo la carreta y les hizo un lugar en el pescante.

—¿Qué? ¿Le hicieron una manda al santo? —preguntó el carretonero.

Los chicos no dieron respuesta; la sola presencia del padre Jacques los liberaba de toda responsabilidad ante otras personas mayores.

—No. Vamos a visitar a un paisano —dijo el sacerdote.

Y como el conductor del carretón notara

el acento extranjero del religioso, comenzó a hacerle pregunta tras pregunta. Así se enteró el hombre de las aflicciones de aquella parroquia de gente pobre.

—¿Podría usted darnos unas verduritas pa' la olla? —preguntó Chicho.

Pablo le dio un codazo a Chicho y le dijo—: ¡Qué tonto! El caballero va a pensar que somos unos frescos. ¿Querís que nos eche de la carreta?

—Podría, sí. Claro que podría —dijo, el hombre. Y agregó—: Es muy bueno lo que hacen con esa gente...

—¿Y podría darnos todos los días? —insistió el pequeño.

—Chicho, por favor —trató de tranquilizarlo el sacerdote.

—Es que cuando usted no pueda, nos vende más barato —insistió Chicho.

El hombre se mantuvo en silencio; ante la insistencia del sacerdote y los niños, bajó varias veces la cabeza, como si imitara el cabeceo de su caballo al trotar.

El convento de los recoletos franciscanos estaba a la vista; el conductor detuvo el caballo y los tres se bajaron.

—Mañana a las cinco lo estaremos esperando —gritó Chicho—. Chao, caballero. Y gracias.

La carreta, cargada hasta los bordes de sus barandas con verduras diversas, prosiguió la marcha hacia el mercado.

Ante las puertas del convento, los visitantes llamaron con el viejo puño de hierro, puesto allí para que golpearan bien fuerte. Unos pasos se acercaron.

—¿Qué desea? —dijo una voz menuda desde el otro lado. Y asomó su nariz, al abrir la puerta. Al ver a los niños, el portero exclamó—: ¡Ah! ¿Ustedes de nuevo?

—Buenos días —saludó el padre Jacques—. Deseamos ver a fray Andresito, por favor.

El viejo portero los condujo al comedor del convento; en ese momento, los frailes desayunaban.

—Buscan a fray Andresito —dijo el viejo—. Este par de bribones se han conseguido un sacerdote para poder entrar aquí.

Un fraile se levantó de la mesa y recibió a los visitantes. Era mucho más viejo que el

que ellos buscaban; más alto y delgado, casi como un poste de alumbrado público.

—No es él —exclamó Chicho en el acto.

—Perdone usted, hermano —se disculpó el padre Jacques—. Parece que estamos equivocados.

El fraile se sintió tan incómodo de no poder ser útil a los visitantes, que los invitó a desayunar; si se habían equivocado de convento, no encontrarían otro muy cerca, y a juzgar por las caras de los niños, se notaba que no habían probado bocado.

Jamás habían saboreado dulces de membrillo y albaricoque tan exquisitos; el pan era blando y sabía a fruta seca; la leche fresca y tibia, era un néctar inolvidable para los niños. ¿Qué importaba no haber encontrado al misterioso fray Andrés, si desayunaban cosas tan ricas?

—¿Por qué tenéis tanto interés en ubicar a vuestro fray Andresito? —dijo uno de los frailes.

Los muchachos refirieron la de veces que lo habían encontrado en la calle y cómo los fastidiaba entonces. Pero reconocieron que la última vez los había salvado de una

situación desagradable y terrible, algo de lo que ni siquiera deseaban acordarse; aquello había sido casi como un milagro. A la voz de milagro, los frailes del convento pusieron más atención.

—¿Y cómo luce el fray Andresito milagroso? —insistió con cautela otro de los religiosos. Mientras más referencias daban los muchachos del hombre, más se iban asombrando los recoletos franciscanos, levantándose de sus asientos, muy atentos, con los ojos brillantes de gozo y admiración.

—Parece, hermanos —dijo el mayor de los religiosos—, que nuestro Andresito ha hecho otro de sus milagros.

E invitaron al padre Jacques y los niños a pasar a la nave principal de la iglesia. El grupo de religiosos se detuvo ante un cuadro imponente, que enseñaba una vieja pintura con la imagen de fray Andresito.

Era él, sin duda; así lo reconocieron los muchachos.

—Pero, ¿dónde está? —quiso saber el padre Jacques, cada vez más intrigado.

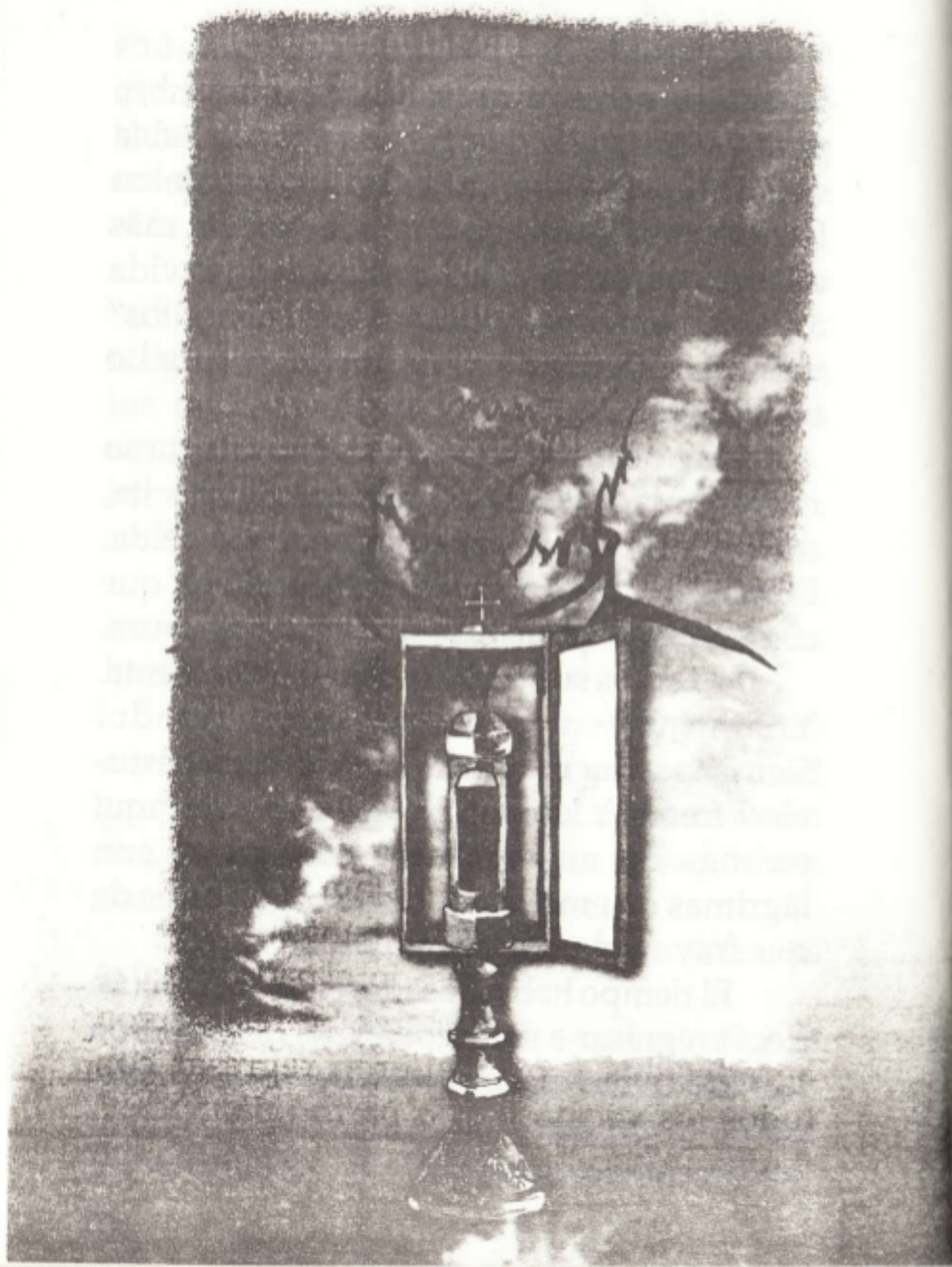
—En el cielo —fue la respuesta—. Esta es su tumba.

Imposible de creer; es decir, casi. Los visitantes necesitaron salir de su asombro para enterarse de que fray Andresito había vivido en el convento de los recoletos franciscanos dedicado a la limosna. En más de una oportunidad le había salvado la vida a alguien, sin contar otros tantos "milagritos" menores. Pero, de eso, hacía ya mucho tiempo.

Otro de los religiosos se acercó al grueso muro de la iglesia y abrió una puertecita, dejando al descubierto una pequeña celda. De allí sacó un frasquito transparente, que contenía un líquido espeso de color púrpura.

—Esta es su sangre —dijo, simplemente. Y continuó—: Jamás se ha coagulado. Siempre se ha mantenido así, como si estuviera fresca. Y les aseguro que ha estado aquí ya más de un siglo. Sí —aseguró, con lágrimas de emoción—, estamos seguros de que fray Andresito fue un Santo.

El tiempo había pasado; el padre Jacques debía regresar a sus deberes. Se despidieron agradecidos y prometieron regresar con todos los vecinos de la parroquia, apenas pudieran hacerlo.



Al salir del convento, los tres sabían que nuevas energías los llenaban de confianza.

La misa de ese día fue algo especial para el padre Jacques; los niños supieron cuál era el sentimiento de las almas grandes, porque en el sermón el padre Jacques se refirió al suceso.

La limosna para la olla común de la población tiene ahora un significado mayor. Los muchachos salen cada día a cumplir su misión y esperan impacientes un nuevo encuentro con fray Andrés.

FRAY ANDRESITO

Biografía

El 10 de enero de 1800 nació Andrés en el caserío de Hampuyenta, en la isla Fuerteventura, una de las diez que forman las Islas Canarias en España.



Hijo de Gabriel y Agustina, que le dieron apellidos García y Acosta, fue bautizado con el nombre de pila Andrés Antonio María de los Dolores.

Fue pastor desde niño y dicen que se crió con leche de cabra. Su primera escuela fue la naturaleza que lo rodeaba y sus tempranas lecciones las recibió de los campos que transitaba con sus animales.

Desde pequeño tuvo una marcada vocación por el sacrificio. Cuentan que en el campo, mientras las cabras comían pasto, Andrés Antonio María de los Dolores arrancaba matas

con espinas y se hincaba sufridamente sobre ellas para decir sus oraciones.

Una vez adulto escribió en uno de sus cuadernos la siguiente reflexión:

"Cuando el hombre exterior más padece tanto el hombre interior se fortalece".

Desde muy niño, además, manifestó su vocación religiosa. En su caserío natal de Hampuyenta solía reunir a los niños vecinos para ofrecerles el catecismo y tratar de formar un coro con ellos.

En el año 1832 Andrés emigra de su isla Fuerteventura y se dirige a Montevideo, Uruguay, donde residen unos parientes. Allí se gana el sustento vendiendo libros religiosos. Entonces conoció al padre Felipe Echanagucia, fraile franciscano que será su director espiritual, confesor e inseparable amigo.

Andrés quería ser fraile y se le encomendaron labores de la limosna y la portería.

El padre Echanagucia se trasladó luego a Chile e invitó a su amigo Andrés para que lo acompañara.

En Santiago fue destinado a la cocina como

ayudante. Muy pronto le dieron el encargo de recoger el sustento de los religiosos, volviendo a su antigua ocupación como limosnero.

A veces le iba bien, pero otras, pésimo. En una carnicería, cierta vez, le echaron los perros, hasta recibió un golpe porque tuvo el intento de regresar por limosna.

En poco tiempo fue conocido por los vecinos de las riberas del río Mapocho, por los de Chuchunco, Providencia y por los del Llano Subercaseaux.

Comenzaron a llamarlo fray Andresito cada vez que lo veían con su sencillo atuendo: una simple túnica que le cubría el cuerpo y un cordón franciscano del cual colgaba un rosario. Solía llevar también un bastón grueso y tosco, una alcancía de latón y un retrato de Santa Filomena, la patrona a la que fray Andresito encomendaba su alma.

Sencillo en sus modales, humilde y de profunda modestia, de buen humor y melancólica alegría, fray Andresito se fue ganando el cariño de aquellos que lo conocían.

Cierta vez se encontró con una mujer sencilla que sostenía un niño en sus brazos. La criatura no se movía y sus ojitos parecían sin vida.

La mujer se arrodilló ante fray Andresito y le rogó por su hijo.

—¡Alabado sea Dios! —le dijo, tranquilizándola—. No es nada..., no es nada. Tu hijo vivirá.

Fray Andresito estaba contento, oraba y santiguaba al niño con la mano y con el cordón franciscano. El niño comenzó a revivir y a moverse, lleno de salud y energía.

Fueron incontables los hechos milagrosos que realizó en su vida, no sólo con las personas que llenas de fe se lo pedían, sino también con los animales. Se encontraba un día pidiendo limosna en un terreno sembrado cuando le salieron al paso tres perros guardianes. El dueño de la chacra pensó horrorizado que los animales lo morderían gravemente; fray Andresito, siguiendo el ejemplo de San Francisco de Asís, los enfrentó diciéndoles: "Sosiego, hermanos, sosiego", y los perros no sólo obedecieron, sino que además le lamieron las manos y lo rodearon amistosamente.

En otra ocasión enfrentó a un toro furioso. Fray Andresito se acercó a la bestia y le dijo: "¡Mansedumbre, hermano, mansedumbre!". Y el

animal se quedó muy tranquilo, dando muestras de obediencia.

Fray Andresito vivió hasta los 53 años. Por esos días un hombre le suplicó que le regalara el rústico bastón que siempre llevaba. Así supo el religioso que ya no iba a necesitar su bastón y lo regaló sin titubear. Fray Andresito sabía que no le quedaba mucho tiempo de vida.

Sus restos descansan en la iglesia de la Recoleta Franciscana, junto al altar de Santa Filomena, altar que él mismo ayudó a construir. Hasta nuestros días concede gracias y favores a quienes se lo solicitan. Su sangre se conserva como si estuviera recién sacada de su cuerpo a pesar que han transcurrido casi 150 años de su muerte.

Índice

- 1 *Fueron despertados
muy de mañana* 5
 - 2 *El mercado de la
ribera norte del río* 9
 - 3 *Trepados en las pisaderas
de los buses* 17
 - 4 *Misterioso estuvo
aquel despertar* 25
 - 5 *Fray Andrés al borde
de la mañana* 33
 - 6 *Apenas unos minutos
con sus padres* 39
 - 7 *Fray Andrés no
asoma su sotana* 53
- Fray Andresito. Biografía* 63
- Oración* 69